

**A**

**THE NEA**

REVISTA QUINCENAL



DE CIENCIAS Y LETRAS

SAN JOSE  
COSTA RICA

**1917.**

Ch.

AÑO X

*Julio 1918*

# ATHENEA

NUM. 1

ORGANO DEL ATENEO DE COSTA RICA

COMITE DE REDACCION:

JUSTO A. FACIO • RAFAEL CARDONA • ROGELIO SOTELA

J. ALBERTAZZI AVENDAÑO

## DIRECTIVA DEL ATENEO DE COSTA RICA

### PRESIDENTES HONORARIOS

JUSTO A. FACIO

Fundador del Ateneo

ANTONIO ZAMBRANA

### PRESIDENTE

ALEJANDRO ALVARADO QUIROS

### VICEPRESIDENTES

JENARO CARDONA

J. M. ALFARO COOPER

### VOCALES

LUIS CASTRO SABORIO CARLOS OROZCO CASTRO

CLODOMIRO PICADO

ALCEO HAZERA

CESAR NIETO

### SECRETARIO

ROGELIO SOTELA

TODA CORRESPONDENCIA RELATIVA A "ATHENEA"  
DEBE DIRIGIRSE AL APARTADO 572



## Comisiones del Ateneo de Costa Rica

### Jurisprudencia y Ciencias Sociales

Presidente, Licenciado don Cleto González Viquez  
Vicepresidente, Licenciado don Víctor Guardia Q.  
Secretario, Licenciado don Fabio Baudrit

### Ciencias

Presidente, Don Anastasio Alfaro  
Vicepresidente, Doctor don Teodoro Picado  
Secretario, Ingeniero don José Fabio Garnier

### Literatura

Presidente, Don Ricardo Fernández Guardia  
Vicepresidente, Coronel don Eduardo Calsamiglia  
Secretario, Don Agustín Luján

### Bellas Artes

Presidente, Don Tomás Povedano  
Vicepresidente, Don Juan Ramón Bonilla  
Secretario, Don Próspero Calderón

### Publicaciones: Comité de Redacción

Don Justo A. Facio  
Don Rafael Cardona  
Don Rogelio Sotela  
Don J. Albertazzi Avendaño

## Miembros Activos

### Jurisprudencia y Ciencias Sociales

José Astúa Aguilar  
 Marciano Acosta  
 Luis Anderson  
 Alberto Brenes Córdoba  
 Fabio Baudrit  
 Leonidas Briceno  
 Luis Castro Saborío  
 Luis Cruz Meza  
 Rafael Otón Castro  
 Juan Dávila  
 Cleto González Víquez  
 Claudio González R.  
 Víctor Guardia Quiros  
 Rafael Iglesias  
 Ricardo Jiménez  
 Carlos María Jiménez

Alfredo Skinner Klee  
 Elías Leiva  
 Ernesto Martín  
 F. Montero Barrantes  
 Juan María Murillo  
 Carlos Orozco Castro  
 Leonidas Pacheco  
 Pedro Pérez Zeledón  
 Oscar Padilla  
 A. Rivas Vásquez  
 Manuel Sáenz Cordero  
 Juan Gaspar Stork  
 Guillermo Vargas  
 Víctor Vargas Q.  
 Ramón Zelaya  
 T. Zúñiga Montúfar

### Ciencias exactas y experimentales

Anastasio Alfaro  
 Manuel Aragón  
 Adolfo Boletti  
 Salomón Castro M.  
 Francisco Cordero  
 Guillermo Echeverría  
 José Fabio Garnier  
 Santiago Gutiérrez  
 Emel Jiménez  
 Enrique Jiménez Núñez  
 V. Lachner Sandoval  
 Gustavo Michaud

Luis Matamoros  
 Gerardo Matamoros  
 Arturo Pérez Martín  
 Teodoro Picado  
 Carlos Pupo  
 Clodomiro Picado  
 Alberto Rudín  
 Luis A. Silva  
 Elías Salazar  
 Francisco Sancho Jiménez  
 J. Fidel Tristán

### Bellas Artes

Alejandro J. Aguilar  
 Juan Ramón Benilla  
 Próspero Calderón  
 Angelina Castro  
 Ismael Cardona  
 Roberto Campabadal  
 Roberto Cantillano  
 José Castro Carazo  
 Enrique A. Echandi  
 Elsa de Echandi  
 Julio Fonseca  
 Emilia de Garnier  
 Carlos Gutiérrez  
 Enrique Hine Saborío  
 Josefina Hazera de Zúñiga  
 Juan Loots

Luisa Montero  
 Encarnación Mayoral  
 Carmen Montero  
 María Luisa Morales  
 Samuel Montandón  
 César Nieto h.  
 Mercedes O. de Tucker  
 María O. de Hine  
 Julio Osma  
 José María Osma  
 Gloria Picado  
 Petra Rosat  
 Manuel Salazar  
 Longino Soto  
 J. J. Vargas Calvo  
 Fernando Zamora

## Literatura

A. Alvarado Quirós

J. M. Alfaro Cooper

Ángela Acuña B.

J. Albertazzi Avendaño

Alejandro Aguilar Machado

R. Brenes Mesén

Alejandro Bermúdez

Angela Baldares

Jenaro Cardona

Eduardo Calsamiglia

Celia Carrillo de García

Ester Castro de Tristán

Augusto C. Coello

Marisabel Carvajal

Camilo Cruz Santos

Mario Cruz Santos

Rafael Cardona

Rodolfo Castaing

Luis Dobles Segreda

Omar Dengo

Justo A. Facio

R. Fernández Guardia

María F. de Tinoco

L. Fernández Guardia

Luis R. Flores

R. Fernández Güell

Joaquín García Monje

Luis F. González

Alceo Hazera

Agustín Luján —

Gregorio Martín

Julieta P. de Mc. Grigor

Félix Mata Valle

Modesto Martínez

Domingo Monje Rojas

Félix F. Noriega

Miguel Obregón L.

Ángel Orozco

Napoleón Quesada

Mario Sancho

Rogelio Sotela

Raúl Salazar —

Luis Torres Acevedo

Manuel Ugarte

Daniel Urefía

Otilio Ulate

Manuel Veiga

Faustino Viquez

Asdrúbal Villalobos

Antonio Zambrana

Gerardo Zúñiga Montúfar

Hernán Zamora

## Miembros Correspondientes

Octavio Beeche, Niza

M. González Zeledón, Nueva York

Santiago Argüello, Nicaragua

Rómulo E. Durón, Honduras

Alonso Reyes Guerra, Salvador

Máximo Soto Hall, Guatemala

José Ingenieros, Buenos Aires

Manuel Ugarte, Buenos Aires

Juan García Calderón, Lima

César Nieto, Barcelona

Alirio Díaz Guerra, Nueva York

Ernesto Martín, París

## Miembros Honorarios

Manuel María Peralta, París

Pilar Jiménez, San José

V. Fernández Ferraz, San José

## Athenea

El Ateneo de Costa Rica coloca de nuevo su escudo, de escasos, pero limpios cuarteles, sobre el pórtico dorado que conduce al templo en donde los sacerdotes del arte celebran, llenos de unción respetuosa, los oficios consagrados al culto de la inmortal Athenea, cuyos adoradores, atraídos por el emblema luminoso, acudirán impacientes, ya lo veréis, a depositar en sus aras, como tributo de alta devoción, las rosas de pensamiento que ellos amorosamente cultivan en los jardines interiores, en horas de misterio regados por el dulce y penetrante rocío de la inspiración.

Pero resulta curioso, en fuerza del contraste, que el Ateneo de Costa Rica insinúe esta nueva peregrinación al santuario de la diosa en los momentos mismos en que, por mano alevosa arrojados de la vieja Arcadia, país de ensueño que reverdece en un oculto rincón de nuestro ser, los hombres se debaten con desesperación en una dantesca pugna de odio, de violencia y de muerte.

Los tiempos, en verdad, no parecen propicios a la labor que requiere tranquilidad bucólica y concentración de espíritu; la mano propensa delicadamente a pulsar la lira de Anacreonte adquiere la elasticidad nerviosa de una garra dispuesta a dar el zarpazo definitivo que acogota y vence al adversario; aquellos vientos alisios, de suavidad eólica, que por toda la redondez de la tierra difundían el verbo fraternal de Sócrates, de Jesús y de Tolstoi, son ahora huracanes de acero que, al furioso revolver de sus alas, reducen a escombros, en uno como delirio de destrucción, lo que fué obra sabia y lenta de Dios, de la naturaleza y de los hombres.

Pero es ahora, sin embargo, en medio del fragor que a la vez ensordece los oídos y las conciencias, cuando las almas deben elevarse en vuelo tranquilo y silencioso a las regiones cerúleas, donde el pensamiento, que palpita con la potencialidad creadora de un artífice divino, concibe serenamente las normas en que el arte ha de vaciar las concepciones de una vida cada vez más bella, más pura y más grande.

Colocados en esa altura, que pone ante los ojos como un velo de transparencias opalinas, los espíritus podrán distinguir mejor el contorno de la ciudad futura, que, en medio de las ruinas y a través del humo, diseña sus cruces, símbolo de concordia, en el plano enrojecido de la distancia.

He aquí por qué la aparición de esta revista, que viene a ser como la bandera de un ideal, desplegada a los vientos del espíritu, al alborear de un quince de setiembre, encuentra su razón de ser en los momentos mismos en que los hombres libres de Europa se ofrecen en holocausto por un ideal de reivindicación y de justicia.

El ideal hoy enarbolado por ATHENEA no tiene la grandeza trágica que en ese otro infunde el sangriento sacrificio de la vida; pero no por tal motivo es menos hermoso ni menos grande, porque él pregona el ansia de cultura que suscita en los espíritus las nobles actividades de la inteligencia y porque él estará brillantemente sostenido en alto por los sacerdotes de la ciencia, del arte y de la inspiración.

## Una carta del Doctor Ferraz

Dara la Revista "Athenea"

Puesto que, pidiendo colaboración, me honra tanto el señor Secretario del Ateneo, vaya un capítulo de mis «Recuerdos», por si acaso conviene publicarlo, sobre aventuras de algunos libros. A este respecto no faltan odiseas célebres, pero con todo y su correspondiente Homero. Sólo que de este mínimo narrador, en prosa vieja y descoyuntada, apenas podrá esperarse más de tres mínimos «nóstos», a saber:

### I

Es el primer viajero un hermoso volumen en 4<sup>o</sup> con más de 900 páginas, donde clarísimas se leen todas las cartas de Cicerón «ad diversos» (XVI libros, con versión latina de los términos y frases griegas, con notas «ad modum Min-Ellii», con la Vida de Cicerón por Pablo Manucio y demás requisitos en favor de la juventud española el año MDCCLXXV).

Publicó este libro en Madrid con dicha fecha, don Carlos González de Posada, profesor de Lengua Latina en el Real Archigimnasio de Nobles, y lo compré yo—no recuerdo si en dos pesetas—el 15 de setiembre de 1868. El bárbaro librotejero lo tenía junto a un montón piramidal de melocotones, que ahora me recuerdan la célebre cuarteta de Espronceda: «Muebles del tiempo del Cid—cáscaras de todas frutas--(verso descocado en «utas»)--son las ferias de Madrid».

Y lo cuidé amoroso, como cualquier Mercedario a quien rescata, y me lo traje acá el año siguiente, con otros pocos que luego sirvieron de premio en el Colegio de Cartago y sepa Dios de sus peregrinaciones, andanzas, aventuras o desventuras.

Esta preciosidad latina volvió a mis manos de las del inolvidable amigo Francisco Saborío Iglesias, hace dos años, después de 45 de ausencia, porque tiene esta nota, detrás de la portada: «Al mérito sobresaliente del alumno de 1er. año don Ramón Acuña.—Cartago 9 de abril, 1870.—Dr. Ferraz»—con mi rúbrica de entonces y el «Dr.», de costumbre en la Universidad donde yo había enseñado y aprendido algo de «lenguas muertas y clásicas»... ¡Ojalá, en su día, venga este vagabundo a parar en la Biblioteca Nacional de Costa Rica!

### II

La vuelta o «nóstos» del segundo viajero es más interesante para mí, puesto que viene formando un volumen de 400 páginas en 8<sup>o</sup> con tres tomos, en el último de los cuales consta uno de mis atrevimientos estudiantiles... Dice el tejuelo: «Manual de la lengua griega», y más abajo: «Colettore-Traditore-Traduttore», puesto en italiano por aquello de «traduttore, traditore». Porque al primer tomito: «Manual práctico de la lengua griega, por el Dr. don Raimundo González Andrés», sigue una «traidora versión, por el Dr. don Luis García Sanz», y finalmente una «Clave-de-la traducción-griega y latina», de mi pobre cosecha cuando ya era yo también Dr. (y de premio), aunque no había recibido la investidura.

Critiqué la «versión» Sanziana, y como el bueno de don Luis contestó «que uno era criticar y otro traducir», repliqué traduciendo y agregando 100 notas

para corregir otras tantas inexactitudes «más notables» de la llamada «versión de trozos griegos». Porque desde aquellos buenos tiempos, tenía yo por seguro que el mejor juzgar es de lo que uno puede hacer si conviene. Sin que, por otra parte, dejen de darse casos de censurar versos malos, sin poder hacerlos de ninguna clase. Si crítica quiere decir juzgamiento, claro está que lo inadmisibile para el caso es la pasión—de amor u odio—y aquí encaja, precisamente, para sentencia, lo mismo que pedía Tácito para historiar: «sineira et studio»

¿Y ese librito? Pues lo traje conmigo, entre muy pocos, hace ya cerca de medio siglo... Un día, 1º enero, 1881, se lo regalé a mi buen amigo Manuel Carazo Peralta, de cuyos herederos hubo de pasar a otro bien recordado amigo, Saborío Iglesias. Este me lo regaló el 14 de abril de 1915, día de mi cumpleaños,—de cuyo número no quiero acordarme—y aquí lo tengo bueno y sano, hasta que le toque ir a parar en esta Biblioteca, o en cualquier puesto de libros viejos, para que lo rescate algún bibliómano de los que ahora empiezan a estudiar «latín y griego» y entonces puedan acordarse de mí. Ésta es y esa será, probablemente, la «vuelta» de tan asendereado ejemplar estudiantil, donde aparecen buenas muestras del traicionar y el traducir con verdadero acierto y crítica desapasionada.

### III

Y el tercer «nóstos»—dicho en griego, por lo de «nostalgia»—es de un «Nuevo Testamento», de bolsillo, en griego (12 × 8), ed. Coloniae agrippinae, MDCCCLXVI: dije tipográfico de verdad, en todos sentidos, y más andante que el propio Ulises, como verá quien leyere y entienda de geografía clásica y moderna... Dicen así sus pasaportes: «Al Sr. D. Juan F. Ferraz su afectísimo amigo Th. H. Gladstone.—Madrid 13 junio 1870». Y fué, acaso, el precioso regalito, por una versión de «Himnos evangélicos» (la Sangre de Cristo) que hizo mi hermano para los ingleses de la primera capilla anglicana de aquella capital de España, Villa y Corte... Quizás no tuvo tiempo de leerlo Juan, enfrascado, como se hallaba entonces, en estudios de lengua hebrea; porque vino acá intacto, y véase la segunda cédula del viandante: «Al Prof. Val: F. Ferraz su hermano Juan.—Colegio de Cartago, 30 julio, 1872». Tampoco pude leerlo yo, por su letra menuda y porque usaba uno de buen tamaño y abundantes notas latinas, hoy perteneciente a esta Biblioteca Nacional...

Y viene ahora el tercer obsequio a un cura que no parece haberlo abierto según está de conservado. Mi envío dice: «A don... N. N.—no quiero citar nombre,—misacantano.—Cartago, 27 Dic. 1904.—Su servidor y amigo, Val. F. Ferraz». Bastantes años han pasado, hasta el presente y el librito parece intacto. No así otros, de la misma procedencia, que le acompañan en el Puesto de donde acabo de rescatarlo por dos pesetas, según reza mi última inscripción: «Hoy 3 de setiembre, 1917, compro este librito en un Puesto de Libros Viejos, Pasaje Jiménez, por donde vuelve a mi poder, después de un sueño de 13 años, a recordarme aquello de «Habent sua fata libelli», que dejo en latín, ya que todo esto va para ATHENEA, griega en Costa Rica, donde hace años que no cursan griego ni latín letras de secano y escritores regados en prosa y verso... Y basta de «nóstos» y nostalgias bibliográficas.

## A un Cóndor

Para el Lic. Alejandro Alvarado Quirós  
En "Athenea"

Abre tus anchas alas, cóndor fuerte:  
vuela, que de tu recio cuello asido  
remontaré el azul, ya desprendido  
de este pantano pútrido de muerte.

Súbeme a la región en donde vierte,  
limpio de nube el sol, el encendido  
diamante de su luz en tu bruñido  
plumón mi pecho, de éxtasis inerte.

Mas si al remar por los rerúleos velos,  
lleva aun mi corazón la pesadumbre  
de un lodo humano hasta los puros cielos;

arráncalo de mí cual ruin herrumbre;  
dalo a que lo devoren tus polluelos  
en tu arduo nido de la pétrea cumbre!



## A mi amigo el Poeta

Rogelio Sotela

Amigo; dá tu mano leve: clave  
que abre puertas de sombra. Irrita farsa  
cerca nuestra ilusión; bufa comparsa  
mofa nuestra verdad sencilla y grave.

Candor de cisne hay en tu mano suave,  
y herida va. Su sangre no se esparza  
sobre el lodo: en mi mano, a que la zarza  
se anuda, como sierpe a un ala de ave.

Traspasaremos el cerrado muro  
que nos oprime; y a un fulgor sereno,  
tu sistro tú, yo mi salterio puro,

pulsando iremos, en un himno pleno  
de corazón, a Dios: a Dios seguro,  
grave y sencillo y fiel y amigo y bueno!

LEOPOLDO DE LA ROSA

San José, Costa Rica, agosto de 1917.

## 15 de Setiembre

*Athenea* aparece hoy bajo el feliz augurio de una fecha gloriosa. Quiera la egida de Palas dar a nuestro empeño el mismo vigor que pedimos para conservar con honor el epinicio de la patria.

Si fué el 15 de setiembre de 1821 el estallido augural de una trompeta, queremos que el 15 de setiembre de 1917 lleve, además, la hermosa inicial de un renacimiento.

Bajo esos auspicios generosos aparece nuestra revista. Día glorioso de la Patria, día de nosotros!

Que el alma de los mártires ponga un orto en esta hora de las renovaciones. Que se alce una plegaria en la gran Patria Centroamericana para este día que nos legaron los héroes. Delgado, Morazán, Jerez, Barrundia, Molina, Montúfar, gloria excelsa a esos nombres inmortales que han dejado un arcoiris en el cielo sereno del Istmo.

*Athenea* quiere cantar el triunfo de la hora y se ciñe el casco de la Diosa.

*Athenea* saluda entusiasta a la prensa de Centro América y se hace el propósito de una noble tarea. Labor sencilla, franca, para acatar una voz interior que nos lo manda.

Casa de todos los buenos espíritus será la casa nuestra.

No exigimos más que lo que damos: buena intención.

Conjunta la labor de todos habremos conseguido el renacimiento intelectual que nos proponemos. Con ello lo habremos logrado todo. Costa Rica lo necesita; estamos en una época de reacciones. Así vamos ahora a la palestra llenos de fe, esperando que vengan a nosotros, con ardor, todos los que tengan un ideal en la mente y un dulzor de bien en el corazón.

*Athenea* irrumpe en el clarín heráldico para anunciar una era de cultura nueva y de nuevos valores literarios.

EUGENIO DE TRIANA

## Moral Social

Vivimos en sociedades temerosas, vacilantes y engruñidas, donde la amistad, la prudencia y la costumbre-ley mantienen y sancionan en el estancamiento los ideales y las reputaciones. Si confidencialmente, en la penumbra del café y en las reuniones íntimas, no acatamos ni respetamos nada, en la plena luz del periódico o del volumen, muy pocos nos atememos a decir en alta voz, sin violencias inútiles pero sin cobardías culpables, todo nuestro pensar ingenuo sobre los hombres y sobre la vida. Parece que, prisioneros de la sombra y esclavos voluntarios de una sinrazón visible, nos obstinásemos en ahogar todas las floraciones espontáneas y en callar todo cuanto pueda ser hondamente personal, para vestir resignadamente un uniforme de clisés que no permite entrar por todas las puertas y seguir vegetando a la sombra de las opiniones generales. Bien se que al formular una idea contraria a las de la mayoría, jugamos a veces nuestra tranquilidad y nos exponemos a la burla de los seres no pensantes. Pero esa independencia de juicio es precisamente la única excusa de superioridad que nos da nuestro arte de escritores.

MANUEL UGARTE

De «Burujas de la Vida»

Eso es todo un evangelio. En este momento supremo de cobardes complicidades y temerosas indecisiones, eso parecerá un anatema lanzado

a esta humanidad, que después de haber descubierto tantas cosas que maravillan al hombre y que tiranizan a la misma Naturaleza, no ha aprendido a decir la verdad.

La verdad aunque se caigan los cielos, viene repitiendo hace siglos el refrán, y la humanidad sigue mintiendo, a veces tímidamente, cínicamente a veces, pero mintiendo siempre.

En la cobardía ambiente de nuestras sociedades, en cuyas entrañas arraigan poderosamente todos los convencionalismos por ridículos que sean, el que dice la verdad es un blasfemo, nota discordante en la vulgar contemporización de nuestros miedos y de nuestras debilidades.

Nada más hermoso, en teoría, que la verdad, y nadie más noble, en ese mismo terreno, que el que la sostiene; pero en la práctica, en la burda realidad en que vivimos, nada más peligroso que su enunciación y nadie más repulsivo que quien la respalda.

En nuestros pueblos, y la enfermedad, desgraciadamente, trasciende a estas horas a todo el género humano, sólo se vive bien cuando se marcha por la vida con la máscara de una hipocresía que va dejando una sonrisa de cartón a cada encuentro.

La prensa no es sincera, grita el descontento público a la vuelta de cada esquina; y cuando un periodista valeroso y honrado—de esos que tan raramente se encuentran—se yergue sobre ese sentimiento público de aparente repudio a la mentira, con un puñado de sanas ideas en la mente, listo el estoque para la feroz arremetida y lleno de los mejores ideales su corazón, encuentra público al principio y ambiente para su labor, pero público y ambiente que le serán adversos pocos días después, apenas se vea precisado a fustigar—desde la cátedra adonde lo llevó su amor a la verdad—las hondas dolencias que amenazan concluir con nuestro organismo.

Los poderosos, que lo son sobre los inmensos rebaños que rumian sus dolores silenciosamente, por una propaganda de mentira hábilmente explotada, son los más interesados en mantener el caos de nuestra vida social y en impedir que la verdad—como un potente sol de redención—se abra paso en las conciencias subordinadas a los caprichos de un poderío que se asienta sobre la ignorancia—la más peligrosa y amarga de todas las mentiras.

La verdad, se dice, y es tan erróneo el concepto que de ella tiene el común de las gentes, a causa de las mistificaciones que todos los que han sido amos han sembrado en el alma popular, que casi se puede hacer la interrogación, ¿pero, es que ella ha triunfado alguna vez?

El maestro la oculta, ya porque la desconoce o porque la teme, el amigo la desfigura, el cura la niega; el periodista la confunde. La sociedad vive en eso: en la eterna reconstrucción de una farsa que es como el nirvana que nos entregará al porvenir adormecidos, sin preparación.

Nuestros maestros, y los maestros de todo el mundo, que tan pocas cosas enseñan bien—sin que sea hora de averiguar el por qué del fracaso de esas pedagogías—deberían preocuparse, si tuvieran verdadera conciencia de su responsabilidad y si quisieran enfrentar al futuro legiones de hombres aptos para la vida, en la más sincera acepción de la expresión, deberían preocuparse—decíamos—antes que de ninguna otra cosa, de iniciar a los alumnos en el culto de la verdad y de hacérsela amar y respetar como la más sagrada de sus devociones.

Que el niño estudie Matemáticas y Literatura y Geografía e Historia

Natural; pero que lo estudie después de haber hecho la construcción edificante del valor moral. Hombres de ciencia, sí; que dialoguen con las estrellas y con las células, que sigan a Mario sobre las ruinas de Cartago y pongan su alma al lado de la del divino Platón en la unión ideal de sus diálogos; sí, todo eso, pero que antes hayan aprendido a decir la verdad, a luchar por ella y por su victoria, hombres sinceros que puedan, como en pasados tiempos, atar el más grave compromiso a su sola palabra, Quijotes que, sobre el Rocinante del ensueño de una humanidad más noble y más leal, persigan la mentira que se oculta tras formas tan diversas.

El día que se dijo que el silencio es oro, se consumó el mayor agravio a la verdad. Porque el silencio, calculadamente mudo, fué siempre el terreno más propicio para todas las mentiras. Los que explotan el tesoro del silencio podrán tener la majestuosa sabiduría de las estatuas, pero no serán nunca hombres valientes que digan la verdad y que, desafiando el peligro, vayan por la vida haciendo la fecunda siembra de la sinceridad. Y eso, cabalmente, es lo que necesita la familia humana: hombres que se armen predicadores de la verdad, como de la más buena nueva y hablen en todos los caminos y desde todas las cumbres a la conciencia universal.

No; el silencio no es oro: es el limo que arrastra el caudaloso río del miedo o del error, bien entendidos de que no hablamos de ese silencio meditativo que precede a las grandes creaciones, vientre fecundo de los más atrevidos empeños espirituales. La época presente pide, en lugar de perezosas somnolencias y quietudes enfermas, acción, movimiento, vibración, algo que edifique, algo que justifique nuestras vidas; y nada hay, en esta mísera existencia que desventuramos cada día con nuestros miedos, con un poder constructor más robusto que la verdad.

La regla de conducta que rige las sociedades modernas es una temporización que engendra las más absurdas conveniencias, entre cuyas ataduras toda individualidad se castra y todo espíritu tiene que deponer su independencia. Se comienza por callar lo que se piensa o quiere para no lastimar a los demás y se concluye por pensar con el cerebro de la colectividad, enteco y miserable. En esa ridícula tributación al ajeno pensar y sentir, el que hace cátedra de hipocresías es un civilizado y el sincero un irrespetuoso insoportable.

Y por ese camino, aparte de que la mentira siempre es más cómoda porque sólo exige fórmulas que la costumbre ha consagrado, y sonrisas mentirosas, mientras que la verdad necesita valor y abnegación, han llegado a transformarse nuestros cuerpos sociales en conjuntos de farsantes que rezan diariamente el Padre Nuestro de sus hipocresías.

La verdad es el bien, la verdad es la vida; llevémosla como tea incendiaria por los oscuros caminos, de la sombra y del prejuicio; y llevémosla sin miedos, que si ha de arder el edificio social a su conjuro, que arda y que caiga, crepitante, con estruendo de catástrofe, ya que es necesario que caiga una civilización edificada sobre arena, vale decir, sobre mentiras, y ya que está bien que la conciencia de la época futura mire la lepra de la nuestra al rojo resplandor de un gran incendio.

Costa Rica, mayo de 1917.

J. ALBERTAZZI AVENDAÑO

# Los Inmortales

## Rodín en el Metropolitano, N. V.

### Para Athena

«Y dijo al mármol: ¡Vive!»

Guillermo Valencia

Nada de quietismo estético. Nada tampoco de escolástica deductiva; poco del extatismo que hizo de los griegos un pueblo marmóreo y divino, con reformas y amplificaciones en las expresiones, vitalizadas al soplo ardiente y todopoderoso del genio.

Rodín aparece cuando Francia se preocupa muy poco de la estatuaría y mucho de los discursos de política interna. Tres o cuatro bocetos revelaron su genio; las rebeldías en el principio y la pujanza de las ideas hicieron de él un revolucionario. Nada de la preconización helenista alemana que hacía de Leising el meditante y sabio contemplativo de las monumentales griegas, tales como el «Laocoonte». Grecia, aunque fué la querida de los dioses, tuvo que esfumarse un tanto ante el paso de las modificaciones naturales que fueron consecuencia de las renovaciones del concepto de la divinidad en los tiempos modernos, más individualistas y menos deístas.

La crítica se encontró sin modelos y sin voz; como actividad inferior a la gestación creadora, no supo qué métodos aplicar a esas obras, porque precisamente la crítica se basa en el genio, y el genio sólo se basa en sí mismo.

El árbol de la sincera admiración humana, como el del simbolismo hindú, da una flor cada mil quinientos años; esa flor alcanzó para Rodín su pleno desarrollo de nitidez y de perfume; su triunfo fué saludado como a la aurora del patriarca hebreo; la crítica derritió sus ceras y quebró su estilo.

\*\*\*

Mitologías enteras duermen en el bronce y en el mármol: verdaderos pueblos de piedra atestiguan esa fiebre luminosa a cuyo aliento fueron visibles y perdurables los dioses y los héroes; comiencese por el Partenón y terminese por la olla del alfarero, no hay friso, columna o cúpula en el mundo que no denuncie algún aspecto de este soplo; ninfas, centauros, oceánidas, ménades, sirenas, sonrisas del éter, hieratismos de la tierra o tragedias de las olas; medusas y gorgonas, últimas reacciones del Caos saturniano; arimaspos, formas del sueño que tocan los muros de lo desconocido; todos los grandes, maravillosos, terribles o sombríos gestos del espíritu humano, están ahí, con la pasividad inexorable del misterio, desde el egipcio que huye de la curva y traza en jaspe la silueta amada o venerada del faraónida o del hierofante, hasta Fidias que enamoró del Amor, plasma su Vénus de perfecciones mutiladas.

Las edades posteriores imitan lo que admiran, y así se empequeñecen: sus obras, grandiosas unas, simplemente admirables las más como labor de copia, giran en una torpe contemplación de modelos; se establecen fórmulas, temas, cánones, escuelas, discusiones; se llenan bibliotecas de decadencia y negación, y la Belleza se insensibiliza en una teórica sin sol y sin sangre; la naturaleza huye y el talento se envara; de cuando en cuando, es cierto, surgen aquí y allá relámpagos de intuición y percepción directas; pero estas lumbres se pierden como los fuegos fatuos en la noche. El excepticismo grita: «¡Dios se ha cansado!» «¡Id a los maestros!» replican los copistas adocenados; «¡Id hacia vosotros mismos!» categoriza el genio.

\*\*\*

Rodín, ya famoso, sueña un retorno a Hebraida; él sabe que para entrar en ella hay que trasponer las siete puertas de la cuna simbólica. Encuentra las llaves, aspira el aire caliginoso del desierto, bebe en Siloe, y pregunta por Juan; el poseso del Espíritu aparece bajo la oliva, que es la segunda heráldica celeste: «Yo soy la Voz de Aquél que clama en el desierto».

Y el bronce, hirviendo en ira de impotencias rojas, crepita en las hornazas. El molde espera, y pronto aparece la «Cabeza de Juans», con los párpados entornados como las tiendas del desierto.

Una intensísima palpitación de vida salta de sus bronzes y de sus mármoles como el agua de una fontana o las lavas de un cráter; tanta vida, que la forma se hace «activa», se conserva ella sola, se hace carne.

Después, el «Pensador», recogido, prieto, duro, arrollado, como un gran dolor del tiempo, envuelto en la túnica calenturienta de sus mismas ideas; luego «Eurydyce», que es el *intermezzo* de las grandes ternuras y los olvidos eternos; primera cuerda de la Lira Universal, síntesis femenina y divina de la mística pagana; «La Mártir», que es el latigazo de los tronos, el amor de Tácito, el terror de los Césares, la indiferencia de los amos y la bestialidad de los esclavos; «Psiquis y Cupido», símbolo de Dios enamorado de la Nada, desdoblamiento prodigioso de los espejismos que se resuelven en Universos y en el terrible «Sat» de los Puranas.

\*\*\*

Después de recorrer esta hipóbole, Rodín, ya viejo, siente que el misticismo lo arropa en su velo de misterio y de paz como a todos los verdaderamente grandes. Y ahora, ya cansado, multiplica el prodigio, se recoge entero como la energía en el

resorte, y se remonta al Génesis. Un versículo de Moisés va a darle el título de semidiós. Hunde la mano en el «agua de las tinieblas», y en el instante de turbarlas lo agarrota la Idea: «y el Espíritu de Dios se movía sobre el haz de las aguas». Su intelecto entero se abisma en la metafísica trascendental, levanta la pesada losa del razonamiento, abstrae el tiempo y el espacio; se anula casi, se convierte en lo que llama Carlyle «una voz de la naturaleza», y cuando vuelve de este viaje de espanto, tiene una nebulosa entera en el cerebro. Y entonces, se da a la tarea de orbitar sus soles como un emperador de astros. De sus cinco sistemas saca los cinco dedos de la Acción Universal, que es la mano del Eterno. Como Juan, que oyó «los latidos del corazón de Dios», él ve la Mano del Inefable... Figuras recién salidas de la Sombra se precisan apenas como fetos dormidos en la matriz del Todo, envueltos en un tenue polvo astral; apenas se distinguen sus contornos en un suavísimo delineamiento apacible y hondo, que hace pensar en la aurora y en el Sueño. La mano, modelada en vago, está también envuelta en ese polvo lácteo y sutil, extraña suma de nidad y nidad, cuyo

total paradójiza el Todo. Dios ha exprimido esas aguas de sombra, las ha hecho girar en el tonel enorme de la Nada, y de esa rotación ha extraído ese sueño con ensueños que llaman los Orientales Mahayoga o Mahamaia, la Gran Ilusión. Rodin ha ido, pues, hasta el origen de la Vida por los caminos de la Muerte. Poema tan intenso y corto como éste no esperamos leer. Sobre su estrecho bloque, cabrían holgadamente Homero, Dante y Shakespeare, en alegre reconocimiento genealógico.

Cuando se habla del genio no se exagera ni se compara. «El arte supremo es la región de los iguales», dice Víctor Hugo. El arte supremo se reconoce en todo como un solo organismo denunciado por diversas bocas. ¿Qué son, Esquilo y Shakespeare, sino dos voces de una misma boca? ¿Milton, celaría al Dante? ¿Goya, envidiaría al Sanzio? El genio ignora la pequeñez del yo para el yo, y acepta y ama al no-yo por encima de las limitaciones. Los cinco sentidos del genio son los cinco sentidos del mundo.

RAFAEL CARDONA

N. York, marzo de 1917.

## Una Escena

Hasta entonces habíamos tenido casi todos la energía de detener nuestras lágrimas, pero al verle beber, y después que hubo bebido, no pudimos contenernos.

(Del Fedón)

SÓCRATES miró a Fedón con una mirada apacible y llena de la más noble ternura, como si hubiera querido decir al discípulo predilecto algo que no debiesen oír los demás compañeros.

Fedón inclinó sobre el hermoso pecho de semidiós su apolínea cabeza, y llevándose las manos sobre la frente, cubrióse los ojos y se dió a llorar como un niño.

—Iba a menospreciarte, amado Fedón—advirtió el maestro—porque te entristeces y lloras como una criatura en el momento más solemne y más grande de mi vida, pero he meditado y comprendo ahora que no tengo derecho alguno para impedirte que llores.

Avanzó algunos pasos dando la espalda a los amigos, pasóse al descuido su mano por la frente como para quitarse una sombra, luego se volvió con dignidad hacia ellos: casi todos tenían el rostro oculto entre los pliegues de la túnica. Contempládoles, el maestro dejó caer estas palabras inmortales:

—Debo estar agradecido a vosotros los que lloráis. Ahora veo más claro que no he de morir. No siendo vosotros indiferentes a mi suerte, no sé por qué pienso que tampoco ha de serlo la posteridad. El llanto de los buenos es como el licor que da a los dioses la inmortalidad y la hermosura.

El filósofo se acercó a su lecho y se reclinó en él para morir.

RÓMULO TOVAR

LITERATURA EXTRANJERA**Mauricio Maeterlinck****o el Poeta de la Bruma, del Silencio y de Flandes**

Traducido por Alejandro Alvarado Quirós

Sólo había publicado un libro de versos, «Invernaderos cálidos», libro melancólico, soñador, lleno de plegarias, en que se pintaba la tristeza de los hospitales a donde veíanse nadar cisnes sobre estanques cubiertos de hojas muertas y nenúfares; también había publicado unas traducciones de poetas flamencos, plenas de sentimientos de amor y devoción, verdaderas acciones de gracia y de humildad a cada página y de esperanza en cada línea, cuando de pronto, brutalmente, un artículo de Octavio Mirbeau, ese creador de talentos, le trajo la gloria a su ciudad natal, Gante, lugar de su residencia.

A este ademán que le hizo la suerte acude Maeterlinck, se instala en París, se encierra en un hotel de Auteuil para trabajar exclusivamente y rehusa, por lo mismo, recibir a ningún visitante, consiguando su puerta para los que le piden entrevistas.

En esa época escribió algunos libros, ensayos en los cuales, como en toda obra artística, aun la más impersonal, se adivinan las influencias de la vida del autor y las lecciones de su experiencia.

Viajero, estudia en Monte Carlo el poderío del dinero mirando la bolita infernal correr enloquecida de número en número, y al detenerse recompensar con la fortuna a un jugador estupefacto. Fué allí que pudo controlar lo que contiene de virtud y de vicio, de fuerza y de crimen, un rollo de billetes de banco; interesándose mucho a las leyes y a los azares del juego que lo divierte, el mismo juego que causó tanta indignación en Baden-Baden a Alfredo de Musset.

Automobilista, vuela sobre las calzadas en su máquina trepidante y se familiariza con el milagro del aire libre, esa embriaguez de polvo y de vértigo que metamorfosea un país en visiones que aparecen y se desvanecen al instante, cuando apenas el viajero ha podido contemplarlas.

De estas largas expediciones se desquita después reposando en Provenza, la región festonada de flores como una canastilla brillante, o mejor dicho, como un Paraíso del color y del perfume. De ahí que siga con admiración las transformaciones de una semilla y el brote lento de las hojas. Pero ya viva en Monte Carlo frente al tapete de la esperanza, o sobre su carro, ogro devorador de kilómetros, o habite en Grasse en medio de sus maquinarias, en su fábrica que consume rosas y violetas, en todo lugar Maeterlinck, que tiene el alma de un sacerdote laico, medita y sus reflexiones tienen la gravedad y el ardor de la oración.

«Constantemente sus esfuerzos tienden a consolar a la humanidad, diciendo: es preciso ser dichosos, tened confianza, seamos nobles y puros, sólo la virtud triunfará, podemos celebrar arreglos con el Destino. Cuando el hombre resuelve algo con valentía la suerte se deja subyugar».

Siempre el poeta se ingenia a reemplazar la afición por la resignación, a trocar nuestras lágrimas en sonrisas.

De sus libros parece surgir su voz baja de confesor que teme turbar el silencio y que interroga todos los secretos de la vida, los más profundos y los más sutiles sin excluir los de ultratumba. Si, Maeterlinck es un sacerdote de la razón que enseña a soportar la existencia o sea a resignarse intelectualmente. La prudencia y la bondad son sus armas predilectas y trata de ofrecérselas como modelos para que hagamos de ellas nuestro ideal. Y sin embargo es un sacerdote convencido de que no habrá a la hora de abandonar este bajo mundo, bajo especialmente al aproximarse el cementerio, que no habrá decimos un lindo cielo listo a recibirlo, un cielo lleno de amor, de alegría, de ángeles y querubines y por lo mismo él busca sin cesar una respuesta satisfactoria al cruel enigma.

Abrid la puerta como dice uno de sus personajes y aparecerá Maeterlinck, autor dramático. Noche oscura, fuentes que lloran, salas del piso bajo de un Castillo, cuyas ventanas dan sobre el mar y cuyas cerraduras sólo se abren con llaves de oro; aguas estancadas del diluvio, árboles sin hojas, claridad de la luna o de una linterna, antorchas e incensarios, tales son su decorado y accesorios. Sus personajes son seres de corazón ardiente que tiemblan y se turban fácilmente, que vierten lágrimas y se pasean en medio de la bruma, repitiendo sin descanso: «Tened cuidado. No veo nada, oh esa oscuridad, oh las estrellas!» Son personajes hijos del Dolor, con el aire macilento que susurran: «¿Por qué voy a morir? ¿Dónde estoy? Tengo miedo, encended la lámpara»; personajes que tienen los cabellos largos, las manos pálidas, el cuerpo diáfano, vestidos con túnicas recamadas de plata con franjas color de sangre, personajes de una tragedia de Guignol, deslumbrados por el sol, que cierran los ojos ante sus rayos para entrar en agonía, porque al dejarse dominar por el amor se han hecho mucho daño.

Los alemanes afirman que sólo ellos comprendían bien el genio flamenco de este escritor, que nada debía por cierto al arte latino y en casi todos los teatros del Imperio se representaba *Monna Vana*.

Pero cuando se verificó la invasión de Bélgica, Maeterlinck se muestra horrorizado, llora sobre las ruinas del Castillo de Termonde, de la Catedral de Dinant, de las bibliotecas de Mons, del mercado de paños de Ipres y recorrió entonces Inglaterra e Italia para pedir a aquellos pueblos que acudan al socorro de su patria.

Si las palabras de odio pronunciadas por este varón justo son extrañas en su boca, mayor extrañeza manifiesta él por los soldados de Alberto, que hundidos en el lodo, con el fusil en una mano y la granada en la otra, detienen el torrente de las tropas de Guillermo, soldados al lado de quienes los griegos de Maratón y los veteranos de Napoleón, cuyas proezas guarda la historia, parecen apenas huestes bizoñas, soldados de Flandes que Maeterlinck, cual nuevo Jenofonte, inflama con sus palabras elocuentes, con sus ardientes votos, con sus famosas imprecaciones.

## El Poder de la Obra de Arte

¿Oíste alguna vez los cantos en escala de la fuente que va llenando el cántaro de barro? Así es la voz del corazón, dulce y ascendente, cuando las límpidas aguas de un sentimiento puro le van colmando; su música imprime al pensamiento y a la acción que entonces se produce una vibración intensa, una armonía simpática que pone a vibrar todas las cosas con un temblor de sollozo o de emoción. El ambiente de todas las grandes y bellas obras de arte posee esta reverberación musical que en las almas selectas se transforma en inspiración y poder creador. Nadie se acerca a ellas sin sentirse mejor y más feliz, sin hallar una excelencia más en su alma o en la de los otros.

La obra de arte engendra la obra de arte. Su encanto está en producirnos la sensación de que podemos crear obras semejantes, de que la inspiración nos llega por momentos, de que un numen apolíneo planta su trípode en la más verde y más límpida colina de nuestra alma, de que su voz nítida como un cristal, se eleva de súbito a manera de un surtidor de aguas recónditas que viene a murmurar a nuestro oído misteriosas palabras de poder. La obra de arte sugiere fecundidad y amplitud de concepción; sublima el timbre del oro de nuestra inteligencia; afina y eleva el tono del cordaje armonioso de las arpas de nuestro sentimiento. En su presencia y por la magia de su belleza y de su fuerza, el espectador de entendimiento se hace creador en algún modo. Porque aun la crítica es creación cuando interpreta y cuando comenta.

La obra bella acaba por envolvernos en su atmósfera de emoción y de pensamiento. Nos eleva, y cuando descendemos al mundo de la vida ordinaria traemos una visión de belleza que difundándose por encima de las cosas de nuestro ambiente, las hermosea y determina un cambio de nuestra actitud hacia ellas.

Pero este poder de atracción, esa energía de sugestión exigen para su existencia un sacrificio, la radiación, la emanación del alma del artista en todos los instantes de su labor. Enfocando en la obra de arte que se realiza esas emanaciones la dejan viviente y brillante. La duración de su brillo depende de la energía intrínseca de la emanación del alma.

R. BRENES MESEN

## Del Diario de Juan Silvestre

Noviembre 30

No somos más dueños de nuestro destino que el agua que baja de las nubes. Descendemos a la tierra como las gotas de la lluvia; unas caen entre corolas perfumadas, otras sobre briznas de hierba; unas son absorbidas por la tierra, otras van a aumentar las corrientes o bien hallan por morada el cieno de los charcos y de las alcantarillas.

¡Oh viento! ¡Si hubieses soplado al Norte, esta gota no estaría sobre esa humilde hoja de lechuga, sino tal vez en el broche soberbio de aquella rosa y sus hermanas que cayeron en el lodo del camino, temblarían ahora entre las violetas de aquel prado!

¿A qué pues vanagloriarse con palabras, de la virtud, y ver con desdeñoso desprecio a quien revuelva su vida en la miseria? El mismo que puso al príncipe en las entrañas de una reina llevó esta criatura a las de una vagabunda. Quien hace la luz quebrarse en iris al tocar la perla líquida que logró caer sobre un pétalo blanco, puso otras muchas gotas a confundir su cristal con la inmundicia.

El limpio de corazón debe ser como el rayo de sol, que lo mismo pone su alegría sobre la espuma inmaculada de las olas que sobre el verde ponzoñoso de los pantanos.

El limpio de corazón debe ser como el rayo de sol, que evapora el agua de las ciénegas, la caul ya leve, sube a confundirse porque es igual en esencia, con el vapor que sube del mar inmenso, de los lagos azules y de las tazas de mármol de los palacios.

CARMEN LIRA

### Vorrei Morir <sup>(1)</sup>

¡Dulce tarde de diciembre, coronada de celajes,  
cuando el sol ya moribundo esmaltaba los follajes  
y en el valle lentamente la penumbra se extendía!  
¡Dulce tarde que en mi vida quedará siempre grabada  
como quedan en el tronco de la encina derribada  
los dos nombres y la fecha que mi mano grabó un día!  
Reclinados en la yerba, mi cabeza en tu regazo,  
refrescando mis mejillas con la seda de tu brazo,  
tú las manos en mis sienes y los ojos en mis ojos,  
yo bebiendo bajo el negro pabellón de tus pestañas  
tus miradas ardorosas que abrasaban mis entrañas  
cada vez que en mí posabas con amor tus labios rojos.  
¿Por qué entonces nuestras almas, como candidas palomas  
que rozando ala con ala vagan juntas por las lomas,  
no volaron a los cielos? ¿Por qué entonces no sentimos  
detenerse de los tiempos la corriente presurosa  
y durar eternamente aquella hora venturosa?  
¿Por qué ¡oh Dios! aquella tarde, dulce tarde no morimos?

c. GAGINI

(1) El maestro Gagini nos escribe una carta llena de interés para corresponder a nuestra invitación y con ella nos envía el precioso trabajo que publicamos. Nos dice que es una hoja arrancada del viejo cuaderno en que guarda muchas de sus expansiones de muchacho, unos versos escritos a los veintidós años. Nos dice también que como era de una timidez exagerada, evitaba publicar lo que juzgaba algo atrevido en el fondo o en la forma. Y a esa circunstancia debemos hoy la feliz oportunidad de conocer una de las bellas composiciones que dormían en el fondo de su escritorio. ATHENEA se complace ofreciendo a sus lectores ese hermoso brote de juventud.

## Primeros y últimos

Dara Carmen Lira, alma cristalina sentida  
a través de la infinita poesía de sus prosas

Así me lo contó la huerfanita; rubia huerfanita ésta de cabellos como la paja de las espigas recién segadas sobre la era.

Así me lo contó:

\* \* \*

Mamá me besaba mucho, papá no me besaba nunca.

Papá me quería.... sí, estoy segura, me quería mucho. Me regalaba todo lo que pidiera y hasta lo que no pidiera. A veces entraba a casa como Noel, cargado con mis caprichos; caprichos de chiquilla consentida.

Me hacía barquitas de papel y juntos íbamos a echarlas a la fuente, yo me reía y hacía fiestas con esto, él apenas sonreía. Me arreglaba voladores que exponíamos al viento, me encumbraba mi papalote en el patio de la casa, daba vueltas a la cuerda para que yo saltara interminablemente y me vendaba los ojos para que hiciera la gallina ciega.

Pobrecillo, debía entonces sentirse tan niño como yo.... Este es un recuerdo vago, yo tenía entonces ocho o diez años.

\* \* \*

Papá me quería. Yo había empezado a asistir a la escuela y él mismo me acomodaba los cuadernos en la chuspa. Me hacía las letras en la pizarra para enseñarme o me llevaba la mano sobre el cuaderno para que no echara a perder la pluma.

Un detalle que no olvidaré: yo no sabía entonces que hubiera una letra llamada J. Estaba en las primeras páginas del silabario, un silabario que tenía en la cubierta un enorme perro negro que daba miedo.

Conocía la A, conocía la B, la C y algunas otras señoras del alfabeto, pero no había conocido la J.

Mi papá me sentaba sobre las rodillas y hablábamos de muchas cosas de la escuela.

Me preguntó:

—¿Tú no sabes hacer la B?

Me eché a reír. La más fácil, dije, y la hice, gorda y redonda que daba gusto mirarla.

—¿Tú no sabes hacer la F?

Volví a reír sonoramente. Era la que mejor hacía. La maestra la llamaba panza para arriba y panza para abajo.

—¿Pues no sabes hacer la J?

Yo me puse seria; dudé.

Me resolví.

Acaso hay J.... Si no hay J.

Mi padre se rió, se rió mucho, nunca lo había visto reír tanto. La tos le ahogaba con la risa.

Llamó a mamá.

—Mira una persona formal que no cree en la existencia de la J.

Al día siguiente lo averigüé todo. La maestra me la enseñó. Tenía un punto encima como la I y una panza larga como la F.

Es un recuerdo encantador.

Volví a casa hecha un triunfo.

Me pusieron a escribirla y puse *JATO*, yo quería poner *Gato*; no hallé palabra en qué acomodarla.

Otra vez las risas.

Pregunté, ¿cómo sabías tú, papá, que había J?

Nuevas risas.

—¿Entonces tú estuviste en la escuela antes....?

Mamá me besó mucho. Papá se reía y me estrechaba encadenándome con sus caricias y sus risas.... pero no me besó.

\* \* \*

Esto me puso triste.

Sin embargo papá me quería. Una tarde yo le traje flores. El me sentaba en las rodillas para contarme cuentos y ésta tarde le regalé las flores.

Me contó muchas cosas bellas de las flores. Me dijo cómo violeta pidió a Flora unas hojas para esconderse, me dijo cómo narciso se había enamorado de su belleza en el cristal de la fuente, me dijo que artemisa se había bebido al esposo hecho cenizas.... muchas cosas bellas; todavía las recuerdo.

El iba sacando moralejas: cabecita de pájaro, hay que ser humilde como violeta; cabecita de tórtola, no hay que ser vanidoso como narciso.

Cuando ya no tuvo más cuentos me las fué deshojando en la cabeza como si yo fuera una santa y me llamó novia.

Pero no me besó esa tarde.

\* \* \*

A veces yo me lavaba bien la boca y los dientes, acercaba mucho los labios a los suyos como en provocación y él, entonces, me apartaba, como con miedo, como con asco.

Un día me resolví.

Me puse triste. Papá se puso inquieto, más inquieto que nunca.

—¿Qué tiene la Nena? ¿Qué tiene la muñeca? y me acarició los cabellos y las mejillas.... pero no me besó.

Estaba resuelta.

—Mi papá no me quiere.

—Pues buena es ésa.... Ya estalló la bomba.

—Sí, mi papá no me quiere porque no me besa.

Se puso triste, sonrió débilmente y comenzó a toser. Tosió mucho.

Se fué poniendo más pálido que de costumbre y los ojos se le humedecieron.

Me abrazó muy estrechamente.... pero no me besó.

Al rato.

—Los hombres no besan, Nena, tontilla.... esas son cosas de las mujeres.

\* \* \*

Esto no era verdad. A Elena, una amiguítita mía la besaba don Juan, el papá. A mí misma me besaba papá Blas, mi abuelito.

Iba a decirlo pero mamá no me dejó replicar. Papá tosía mucho.

Era mi papá un hombre extraño: siempre estaba triste, casi no sonreía, siempre estaba pálido, siempre tosía.... una tos.... una tos.... me suena esa tos aquí adentro todavía.

Salía al sol y se sentaba en un sillón hasta achicharrarse y no aceptaba que yo lo cubriese con mi sombrilla. Decía:

—No me robes mi sol, chiquilla, si vieras qué bien me hace.

Andaba muy despacio y estaba flaco, blanco, con unas grandes venas azules....

A veces lloraba él y mamá lloraba también y yo sin saber por qué, rompía también a llorar.

Después todos nos consolábamos y a mí me daban un bombón de chocolate.

Papá me quería, eso sí, estoy segura.

\* \* \*

—Cuando tengas quince años....

Siempre hablaba de mis quince años.

—Cuando tengas quince años.... qué linda vas a estar entonces!!.. te compraré un gran caballo negro, te pondrás una amazona roja y saldremos a pasear por el campo. Las gentes dirán al vernos: Qué linda muchacha, si parece una reina; y yo diré: no es que parece.

Otra vez. Cuando tengas quince años te llevaré a Italia. Tú no sabes qué linda es Italia. Muy lejos.... muy lejos... Mira, Venecia es una ciudad metida en el agua y en Roma vive el Papa.

Siempre era su motivo.

Cuando tengas quince años....

\* \* \*

Otra tarde insistí.

—¿Cuando tenga quince años, dije, me darás un beso?

Mi padre no pudo contenerse, me cogió nerviosamente entre sus brazos y me besó, me besó mucho, mucho, mucho.

Estaba como loco. Me besaba, me besaba. Besos largos, sonoros, apretados... era una locura, una rabia.... me había enrojecido con sus besos.

Tosía, se agitaba, temblaba, se le saltaban los ojos, yo tenía miedo.

Alguien me quitó de sus rodillas. Mamá lloraba en un diván.  
 Me llevaron a otro cuarto y me acostaron. No pude dormir con tanto miedo.  
 Mi papá se había vuelto loco seguramente y por mi culpa.  
 Su tos se debilitaba.... se oía como si alguien le estuviera poniendo sordina.  
 Sonaban por toda la casa pasos de gentes extrañas.  
 La noche entró. Yo sentí miedo, me recogí hacia un rincón de la cama y  
 me tapé la cara.

No supe más.

Después me despertaron. Mamá daba gritos y me agarraba como una loca.  
 Me llevó al cuarto de papá. Sobre la cama había un Santo Cristo y algu-  
 nos parientes arrodillados, con cirios en las manos, decían:

«Hágase tu voluntad  
 así en la tierra como en el cielo.»

LUIS DOBLES SEGREDA

## Cantos de Amor

### I

#### Amor Universal

Para "Athenae"

Hay en las entrañas de la dura roca  
 Algo que en las lindes de la vida toca,  
 Que a la vida quiere y a la luz surgir;  
 Sufren en su inercia piedras y metales  
 Y en las peñas nacen límpidos raudales  
 Que en el prado libres pueden discurrir;

Las plantas disfrutan dulces atracciones,  
 Y muchas parecen tener corazones  
 Que de unirse sienten indecible afán;  
 Las hojas respiran, la savia circula,  
 Hay sexo en las flores y el aura modula  
 Que besos de fuego las flores se dan:

Yo sé de una rara, feliz florecita,  
 Que de un arroyuelo la margen habita  
 Y al ver a su amada, principia a extender  
 Su tallo, buscando besarla amorosa;  
 El tallo se rompe y muere dichosa  
 Si logra su beso y así perecer;

Los bosques se pueblan de plácidos nidos  
 Y en ellos millares de seres queridos  
 Y alados entonan sus cantos de amor;  
 La sierpe se enrosca formando espirales  
 Sobre otra a quien ama, mostrando señales  
 De unirse con ella con lúbrico ardor.

Amor es el triunfo mayor en el mundo,  
 Es luz en el fondo del antro profundo...  
 Si el astro no amase, perdiera su luz;  
 Sus leyes acatan, la araña deforme,  
 El pulpo espantoso y el cóndor enorme  
 Y el fuerte bisonte de recio testuz.

En esas pasiones ardientes se agita  
 El ansia insaciable, la sed infinita  
 De amar que siguiendo de goces en pos,  
 Trasmite a los seres la grata existencia,  
 La vida que emana, cual mística esencia,  
 Cual fuente divina, del seno de Dios.

¿Y el hombre? ¿Quién puede contar sus amores,  
 Reflejos radiantes de mundos mejores,  
 Que le hacen sus penas gustoso olvidar?  
 Si encuentra su vista la dulce mirada,  
 Que en él fija amante la esposa adorada,  
 Su gozo es inmenso, su dicha sin par.

Si Dios ha premiado su santo cariño,  
 Si puede el rosado picicito de un niño,  
 Sonriente y dichoso de besos cubrir,  
 No hay hombre en la tierra, por grande que sea,  
 Que luzca tan bella, tan rica presea,  
 Que pueda en ventura con él competir.

De amor en el fuego, la niña inocente  
 Consume las ansias que turban su frente  
 Y en lucha con ellas está su pudor;  
 De amor en el fuego la virgen se inmola  
 Y tórnase madre y en ella acrisola,  
 De modo inefable, la ley del amor.

Los astros su influjo también obedecen,  
 Si cesa, deshechos, sin luz desaparecen,  
 Cual sombras sin vida del vasto confin;  
 Los ángeles aman, su amor es divino,  
 Amar es su dulce y eterno destino  
 Y ardiendo en sus llamas está el Serafín.

Ag. 1917.

J. M. ALFARO COOPER

## Las Rosas Blancas

Dara ella, rosa blanca que ha perfumado mi vida

Amada, porque tienes como una eucaristía  
de pura y blanca el alma; amada, amada mía,  
porque con tus sonrisas de mi espíritu arrancas  
ilusiones ingenuas, voladoras y francas;  
porque le das consuelos a mi melancolía,  
te cantaré mi canto para las rosas blancas.

\*\*\*

Amada, amada mía, esas flores sedantes  
cuando posan sus pétalos en mis manos temblantes  
me dejan sensaciones aromadas y leves  
cual si en mí se posaran tus manecitas breves.  
Esas flores me invitan a pensar en lo bueno:  
en tu misericordia y en tu mirar sereno,  
en tus fogosos días de juventud risueña  
y en tus palabras dulces donde retoza y sueña  
la sugestión piadosa de Jesús Nazareno.

Yo soñé con tus labios en los claveles rojos  
y en ocultas violetas acaricié tus ojos;  
por el lirio vibrante medité en tu cintura  
y por la tersa guaria de la Semana Santa  
medité en las tristezas y fingí la amargura  
que en un sollozo triste reveló tu garganta;  
mas, al mirar las blancas puras y frescas rosas  
como novias risueñas, como novias piadosas,  
con un aire que tiene de gozoso y claustal,  
encontré tu pureza convertida en rosal.

\*\*\*

Rosas blancas, acaso de un ensueño querido  
son piadosos relatos; acaso del perdido  
reflejo de una noche de tristeza y de luna  
son símbolo viviente que copia la laguna;  
tal vez de las piadosas plegarias del convento  
nacieron esos pétalos; quizá de un pensamiento  
que replegó sus alas sobre un alma querida  
para cantar la dicha, para endulzar la vida,  
quizá de un pensamiento resultó la blancura  
que adorna en los jardines las purísimas galas,  
iguales a tí, amada, la de conciencia pura.  
¡Quizá de un pensamiento que replegó sus alas!

He visto rosas blancas sobre el altar sencillo  
de la virgen que adoran mi madre y mis hermanas,  
sobre los blancos lienzos y bajo el suave brillo  
de una luz que suspira. Yo las vi en las mañanas,  
coronadas y nobles, ser doncellas reales  
en el trono bendito de tus manos ducales;  
yo las vi ser estrellas en tu seno querido  
y brillar con la lumbre de tu amor encendido;  
yo las vi moribundas en las manos de un niño,  
y fueron en las mías ofrendas de cariño.

Amada que sonríes con dulzura inefable,  
amada, cuando quieras que de mis sueños hable,  
cuando ansíes que tenga bondades en el alma  
y ame las cosas tristes y te bendiga en calma,  
cuando me quieras bueno, sensitivo y cristiano,  
recoge rosas blancas con la flor de tu mano.

Esas flores son puras. Como en un incensario  
hay en ellas perfumes de ideal misticismo,  
sus pétalos son folios de tu devocionario  
donde rezas y sientes la oración del lirismo.

Esas flores son puras; cuando tocan tu mano  
son más puras, más puras... sobre el dolor humano  
ponen dulzura y gracia, tal como tú colocas  
alegría en las almas, sonrisas en las bocas.

Amada, cuando has sido bondadosa en la vida,  
cuando has puesto caricias en la reciente herida,  
cuando con tus miradas has puesto una sonrisa  
sobre mis tristes labios, como un soplo de brisa  
sobre la flor marchita; cuando has sido belleza,  
cuando tu alma se anima con calor de pureza,  
cuando con tus halagos y tu misericordia  
has matado los vicios, el dolor, la discordia;  
cuando has llorado triste, cuando alegre has reído,  
cuando halagas al pobre y alientas al caído,  
por tu rítmico cuerpo, por tu pureza franca  
has sido bondadosa como una rosa blanca.

\*\*\*

Amada, porque tienes como una eucaristía  
de pura y blanca el alma; amada, amada mía,  
porque con tus sonrisas de mi espíritu arrancas  
ilusiones ingenuas, voladoras y francas;  
porque le das consuelos a mi melancolía  
te he cantado mi canto para las rosas blancas.

HERNÁN ZAMORA ELIZONDO

PROBLEMAS INTERNACIONALES**América y Europa**

Ya nadie cree en que los Estados Unidos tengan interés en hacer entrar a la América Latina en la guerra europea. Por el contrario, todo induce a pensar que se oponen a ello.

Un cable de Wáshington, que ha pasado desapercibido, expone que los Estados Unidos no verían con agrado que la República de Méjico se uniera a los aliados, PORQUE ES UN PAÍS POBRE, QUE NINGÚN AUXILIO PODRÍA PRESTARLES. Pero de otro lado, la Prensa norteamericana se ha hecho eco del rumor de que tanto en Méjico como en toda Centro América, en Colombia como en Venezuela, existen BASES INALÁMBRICAS Y SUBMARINAS al servicio de los alemanes; que entre la República Argentina y España hay un servicio de información para los alemanes, y por último que en Chile y en toda la costa del Pacífico el sentimiento PRO-ALEMÁN y el espionaje son enormes.

Así, América pierde simpatías en el ánimo de las naciones de la entente y el juego norteamericano resulta muy claro.

Si España y América intervinieran en la guerra, voz y voto tendrían a la hora de la paz, y como sus intereses y sus ideales son afines, y aquel no será un problema sólo de valores sino también de principios, podría ocurrirle a los Estados Unidos lo que al Japón en la guerra con Rusia: que la ganaron sus guerreros y la perdieron sus diplomáticos.

Si con el triunfo de los aliados el DERECHO PÚBLICO llega a imponerse a las naciones, si la vida internacional no va a continuar sujeta a capricho de la más fuerte, los Estados Unidos tendrán que someterse, como todo el mundo, a las reglas de conducta que él consagra; pero si no fuere así, si el empate de la guerra dejare las cosas en STATU QUO ANTE BELLUM, entonces—como dice Maeztu—«todas las naciones, sin excepción, se verán obsesionadas por la idea de ser ellas y no las rivales las que den el primer golpe en la próxima guerra». Y esa guerra inevitable comenzará a prepararse al día siguiente de firmada la paz, con la dominación de las naciones pequeñas y la posesión de los puntos estratégicos.

Triunfando la primera hipótesis, la supremacía política de unas naciones sobre otras, desde luego desaparecería, mas no así la supremacía económica; y el trabajo, las industrias y el comercio serían las fuerzas predominantes de la supremacía internacional. Cualquier ventaja en unidades mercantes, en vías que acorten las distancias, en ferrocarriles, canales, etc., serán de una importancia enorme a fin de escoger los mercados de producción y consumo. Pero ésta sería una COMPETENCIA LEGÍTIMA, si es que legítimo ha sido el origen de la adquisición.

En la segunda hipótesis, los Estados Unidos buscarían por iguales razones, pero por diferentes medios, sus compensaciones en América. Esto es lo que en todo caso debe tratarse de impedir, porque si las cosas ocurrieren así, si se adueñaran de Centro América, monopolizaran la apertura de sus cuatro canales, y construyeran el ferrocarril panamericano para su exclusivo uso, entonces ellos serán tarde que temprano, los que peguen EL PRIMER GOLPE.

## CUESTIONES CENTROAMERICANAS

## Independencia y libertad

Los pueblos de América de raza española se aprestan a celebrar, con pompa latina, el primer centenario de la proclamación de su autonomía. Las unas, como las del Sur, entraron a ella por haber cortado los lazos del coloniaje servil con la espada fulgurante de un jefe genial, como Bolívar. Las otras, como las del centro, pusieron al servicio de sus anhelos las duras lecciones que el león de Castilla recibiera en otros campos de los ínclitos varones del meridión, para alcanzar la libertad con simples actas y notificaciones a la metrópoli.

Si se admite que la existencia actual de una comunidad, su temperamento, su disposición al orden y al progreso depende en gran parte de sus tradiciones, debemos reconocer también, como una consecuencia, que la intervención de un prócer de gran talla moral, de un grande hombre en la época de cristalización de su nacionalidad ejerce una influencia bienhechora a lo largo de su historia. Los norteamericanos tuvieron a Washington, y Dios sabe si el recuerdo de ese alto y noble espíritu, pensamiento y acción, ejerce una influencia decisiva en todas las evoluciones de la política de ese pueblo titán. La gran Colombia tiene a Bolívar, la Argentina a San Martín y a Mitre.

Cuando tres guatemaltecos fueron en romería, por el año 1820, a visitar al gran libertador, Bolívar les manifestó al despedirlos:

—Decid a los héroes de Centro América, que muy pronto extenderé mis planes hasta su tierra.

Bolívar no podía suponer que la América Central pudiera conquistar su libertad sin la intervención de uno o de algunos héroes.

Nada más apacible, en efecto, que la transición operada en el istmo del régimen colonial a la vida autóctona. Puede afirmarse que esa transición no fué debida a los centroamericanos. Un día, estos pueblos vieron llegar a sus lares y tocar a la puerta de sus dominios a la diosa Libertad. ¿Creer ustedes que, llenos de regocijo corrieron a su encuentro y que la recibieron con los brazos abiertos? No tal. La vacilación se apoderó de su ánimo, temieron que la llegada de la pomposa visitante les trajera males imprevistos y mayores. Ya en ese momento, los costarricenses se mostraron más conservadores y meticulosos que los pueblos hermanos del Norte. También aparecen en aquellos primeros momentos las rivalidades y la falta de armonía entre las diversas secciones centroamericanas.

El 13 de octubre de 1821 el Ayuntamiento de Cartago fué convocado para conocer del oficio del Superintendente General y Jefe Político de Guatemala, don Gavino Gainza, por el cual informa de que el 15 de setiembre anterior había sido proclamada la independencia en aquella provincia, y lo invitaba a adoptar idéntica resolución.

¿Cómo fué acogida y celebrada tan fausta nueva?

El Presidente Municipal, que lo era el Coronel don Juan de Cañas, opinó ese día: que se adoptase en un todo lo acordado en Guatemala, *mientras se daba cuenta al Congreso Nacional que reside en Madrid, para que «nos remita instrucciones que nos sirvan de arco iris de la paz en tan lúgubre situación».*

El Alcalde 1º, don Santiago Bonilla, aceptó lo resuelto en León y en Guatemala, porque es una regla general *que la mayor parte arrastra a la menor*.

El Sargento Mayor Agustín Barba expresó: «Tengo muy presente una famosa máxima moral del filósofo Confucio que dice, que *¿quién es el piloto bárbaro que gobernando la nave, ve la tormenta preparada, que se ande a meter en ella?*»

El Alcalde 2º, José Mercedes Peralta, y los Regidores Juan José Bonilla, Narciso Esquivel y Félix Oreamuno opinaron que lo resuelto en León y en la capital de Guatemala era *«lo más conforme a la razón»*.

Después de votado lo anterior, les entró duda a los señores Regidores y demás autoridades de la ciudad de Cartago de si no habrían cometido un desacierto; y dos días después, o sea el 15 de octubre, se hizo una nueva convocatoria, para que *«nuevamente mediten con maduro acuerdo sobre el voto que cada uno dió y firmó en el acta celebrada el día 13 sobre la resolución que debe tomar esta ciudad en la convocatoria que a este cuerpo hizo el Ayuntamiento de Guatemala»*.

En esta nueva votación, la vacilación que embargó el ánimo de los fundadores de nuestra República rayó con una negativa a la proposición de independencia.

En efecto: el señor Alcalde 1º, don Santiago Bonilla, dijo: «De ninguna manera puedo ni debo comprometerme *en pro ni en contra* de lo determinado en la capital de Guatemala, mediante a que las vicisitudes del día no dan lugar a *fundar un voto fijo*, etc. Y si en el acta anterior fui de otro sentir, lo hice precipitadamente, por no haberse dado tiempo para meditar con la prudencia y reflexión debida».

Don Manuel García Escalante, suplicó al Ayuntamiento que *borrase* su voto de adhesión a la independencia, prestado en la sesión del 13. Igual súplica formularon los procuradores síndicos Joaquín Oreamuno y José Santos Lombardo; por haber sido un voto *dado con sorpresa y sin la detenida reflexión que exige un asunto de tanta consideración*.

Y al voto anterior se adherieron los regidores Félix Oreamuno, Vicente Fábrega, José Antonio Echandi, Narciso Esquivel y Francisco Sáenz.

Bajo el arco, pues, de tales vacilaciones hizo su entrada a Costa Rica la santa independencia.

Con raras excepciones, ese temperamento de vacilación y de irresolución se ha mantenido en la mayor parte de los gobernantes de nuestro país, y parece ser el espíritu que preside a la marcha lenta de Costa Rica por la senda del progreso. Nada de extraño tiene, pues, que sus clases dirigentes se hayan mostrado conservadoras y sufridas, aun en presencia de situaciones graves, que exigen resoluciones briosas y radicales. Y si las clases dirigentes han sido así, las masas populares han tenido que marcar inevitablemente ese compás de compasillo de sus directores sociales y políticos. Cuando en Costa Rica ha habido un gobernante de rápida comprensión y de vigorosa realización, su figura ha quedado bien marcada en las doce tablas de cera de sus anales políticos y administrativos. Carrillo, Morazán, Mora y Guardia, casi todos hombres de espada, se destacan en nuestra historia con siluetas definidas y claras como una hoja toledana. Lo que es una demostración de que la disciplina militar es fecunda aun para la vida civil. Hombres de notable elevación moral, juzgaban y aplicaban las instituciones públicas compulsándolas

de continuo con los cánones del progreso y no con su personal comodidad de gobernantes ni con las inclinaciones de mandarines que duermen en todo hispanoamericano.

En ese sentido, desearía saber cuál de los mandones de nuestro tiempo se resolvería a gobernar con una ley de imprenta como la que promulgó Morazán el 7 de junio de 1832, como Jefe del Gobierno Federal de Centro América. El artículo 2º de esa ley estaba concebido así: «Bajo este concepto, la libertad mental y expresa son tan absolutas que ninguna censura previa, ningún reglamento, ningún tribunal especial o común podrá restringirla. *El trastorno mismo del orden constitucional, la rebelión armada ni la guerra civil no serán un motivo para reprimirla, y antes bien la hacen más necesaria para conocer las opiniones y los hombres, y dictar las providencias convenientes, según las circunstancias para restablecer la paz y las leyes*».

Tan cierto es que para el régimen político de libertad se necesitan estadistas más capacitados que para el gobierno dictatorial. Y por eso decía el gran Cavour que un chicuelo imbécil podría gobernar un país por medio de la suspensión de las garantías individuales.

Ya que este año celebramos el centenario de la independencia centroamericana en plena propaganda unionista, hagamos votos por que a esa independencia venga a unirse la santa libertad de estos pueblos; pues de eso depende el que se les considere aptos o no para gobernarse por sí mismos.

Pueblo tiranizado por un mandón en beneficio de un círculo de logreros, incapaces de ganarse la vida con el sudor de su frente en el campo vastísimo de la actividad humana, es un pueblo sometido todavía a las leyes medioevales de la fuerza, es decir, a la anarquía!

RAMÓN ZELAYA

San José, 14 de setiembre de 1917.

## Mi refugio

Cada vez que procuro hacer sonetos,  
dificilmente encuentro consonantes;  
me resultan los versos asonantes,  
lo mismo al comenzar que en los tercetos.

Al final, me parecen ya discretos,  
y en cuartillas los pongo muy campantes;  
pero luego, los hallo discordantes,  
largos, cortos, insípidos, escuetos.

La rima dejo con dolor profundo,  
y en el regazo de mi dulce amiga  
olvido el desaliento y la fatiga.

Es la Ciencia, que puede en un segundo  
revelar, si le place, al que investiga,  
con estrofas de fósiles un mundo.

ANASTASIO ALFARO

## Acta de reorganización

Sesión celebrada por el ATENEO DE COSTA RICA, en Asamblea General, a las cuatro de la tarde del 15 de agosto de mil novecientos diecisiete. Presidió el señor Facio.

### Artículo 1º

Se acordó, por aclamación, admitir como nuevos socios a los señores:

Don Víctor Guardia Quirós	Don Rafael Cardona
» Alceo Hazera	» Rogelio Sotela
» Otilio Ulate	» J. Albertazzi Avendaño
» Francº Sancho Jiménez	» Asdrúbal Villalobos
» Adolfo Boletti	» Hernán Zamora
» Mario Cruz Santos	» Raúl Salazar
» Francisco Soler	» Rodolfo Castaing
» Alejandro Aguilar Machado	Srta. Carmen Montero

### Artículo 2º

El señor Presidente manifiesta que los nuevos elementos que han entrado al Ateneo darán mejor impulso a la labor de ese Centro. Espera, así, de los jóvenes que llegan, un noble esfuerzo para conservar con decoro y entusiasmo esta vieja Institución de la Patria. Propone que sea integrada por los nuevos socios, en parte, la Directiva que ha de formarse en ese acto, para que vayan así todos los elementos. Se procede a la elección y queda organizada, por unanimidad de votos, como sigue:

Presidente .....	Don Alejandro Alvarado Quirós
Vicepresidente .....	» Jenaro Cardona
» .....	» J. M. Alfaro Cooper
Vocales .....	» Luis Castro Saborío
» .....	» Clodomiro Picado
» .....	» Carlos Orozco Castro
» .....	» Alceo Hazera
» .....	» César Nieto
Secretario .....	» Francisco Soler
» .....	» Rogelio Sotela

### Artículo 3º

Se acordó autorizar a la Directiva para la reorganización de las comisiones.

A las cinco de la tarde terminó la sesión.

Posteriormente el señor Soler presentó su renuncia de socio y Secretario del Ateneo, y la Directiva tuvo por aceptada esa renuncia, acordando dejar un solo Secretario.

## Notas

ATHENEA se complace manifestando su reconocimiento a todos los intelectuales del país, que tan entusiastamente han acogido su aparición. Esperamos corresponder de la mejor manera a tan espontáneo acercamiento. Será eso un estímulo para que procuremos dar a la Revista el valor que debe cobrar, por su distinguida colaboración y por el empeño que el Ateneo de Costa Rica ha puesto en ella.

Sentimos solamente no haber podido publicar en este número todo el material recibido; haremos que vaya de preferencia en el próximo.

\*\*\*

SUPPLICAMOS a las personas que, por cualquier motivo, no quieran recibir la Revista, se sirvan devolverla a la Administración pues así nos evitarán que les molestemos con la presentación del recibo.

\*\*\*

Todos los originales que publica ATHENEA, son escritos expresamente para la Revista.

Del contenido de los trabajos son responsables los autores.

Todos los libros o revistas que se nos envíen, figurarán en nuestras notas bibliográficas con un comentario especial.

\*\*\*

ATHENEA no publicará aquello que no haya sido juzgado de valor por el Comité de Redacción.

Toda colaboración recibida, que no sea solicitada, se revisará rigurosamente.

\*\*\*

EL Ateneo de Costa Rica, por la generosa acogida del Ministerio de Gobernación, ha tenido el favor de poder imprimir la Revista en los talleres de la Imprenta Nacional.

Nosotros agradecemos verdaderamente esa deferencia y el público verá, más que nosotros, que el bien será general pues lograremos—como se ve—editar una revista con 32 páginas de lectura, tal vez la mejor que se ha publicado en el país, por 25 céntimos solamente. Con el valor de las suscripciones tratamos de cubrir los gastos de papel—los más caros—y los de circulación. Así esperamos que nuestro esfuerzo sea correspondido, ya que la aparición de ATHENEA tendrá para Costa Rica un gran provecho cultural.

LA ADMINISTRACIÓN,